



UN DESAFÍO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

ISABEL HOWARD, viuda del lord tesorero conde de Salisbury
 ENRIQUE SIDNEY, conde de Warwick
 RICARDO, duque de Besford
 ROBERTO OVERBURY
 GUILLERMO DRYDEN, favorito del lord canciller duque de Buckingham
 CHESTER, señor inglés
 SALFORD, id.

BURKER, señor inglés
 WILLIAMS, secretario del conde de Warwick
 Un criado del duque de Besford
 Otro criado
 Un Ujier de la cámara del rey
 Un Gentil-hombre
 Señores y damas de la corte
 Criados del duque de Besford
 Soldados arcabuceros

El primer acto pasa en el palacio de Windsor, en Londres

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala de Windsor; puertas en el fondo; á la izquierda la cámara del rey, á la derecha la de la reina.

ESCENA PRIMERA

SIDNEY, sentado, con un billete en la mano; WILLIAMS, en pie delante de él.

WIL. Se me ha respondido que el lord canciller sigue malo; sin embargo, no he podido verle.

SID. Bien está.

WIL. Tres días hace ya que no se ha presenta-

do nadie de parte del rey á informarse de la salud del duque de Buckingham, y esta repentina indiferencia de Su Majestad ha chocado mucho en el palacio del lord canciller.

SID. ¿Qué importa?

WIL. Como la última entrevista del rey y de su excelencia fué muy acalorada, hay quien empieza á temer su caída, y no falta quien la atribuye al conde de Warwick.

SID. ¿A mí? Basta.

WIL. Para prevenir sin duda el golpe que le

amaga, ha entrado el lord canciller en negociaciones con la reina.

SID. ¿Con la reina?

WIL. Cuando yo entraba en el palacio de Buckingham salía de él su primera dama lady Isabel Howard, viuda del lord tesorero, conde de Salisbury.

SID. ¿Lady Howard? ¿Es posible? Déjame.

WIL. ¿El señor conde asistirá al baile de la reina?

SID. No sé: sí: no me esperes hasta muy tarde. *(Williams sale por el fondo.)*

ESCENA II

SIDNEY

¡Isabel en el palacio del canciller! ¿Qué causa puede conducirla allí? ¿Y qué secreto puede tener que confiarme? *(Lee el billete que tiene en la mano.)* «No vayáis hoy á caza con el rey; antes de que vuelva Su Majestad vendré por la puerta secreta de la cámara de la reina.» Aun me parece que siento su mano trémula al deslizar este billete en la mía. ¡Mudar tan repentinamente Isabel, que por espacio de un año entero no ha correspondido á mi amor sino con una reserva, una seriedad calculada... ¡Ah, acaso soy injusto con ella! ¿No he visto yo mismo, siempre que desechaba mis obsequios, agolparse las lágrimas á sus ojos? Sí, ¡me ama! Sin embargo, ningún favor suyo puede justificar en mí esta esperanza lisonjera. Pero el tiempo se pasa; el rey no puede tardar en volver. ¡Ella es!

ESCENA III

SIDNEY; LA DUQUESA, que entra por la puerta de la cámara de la reina, pálida y agitada

SID. ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dicha, miladi?

DUQ. Escuchadme, Sidney. Sin duda la amistad que profesáis á la reina, la que me profesáis á mí acaso, os ha obligado á intentar una prodigiosa competencia con Buckingham.

SID. Por vos, señora, ha sido, por vos sola. Sin vos, de buena gana abandonaría este título de favorito á cuantos le envidian. ¡Necios! Ignoran lo que es pasar la vida entera entre la intriga y la vil adulación de los cortesanos. ¡A eso llaman poder y felicidad! ¡Ah! Yo no conozco otra felicidad que la

de merecer vuestro amor, ni otra ambición que la de agradaros.

DUQ. ¡Sidney! ¿Y si viniera yo á implorar ese mismo poder que tanto os pesa? ¿Si tuviera que pedir os un favor?

SID. ¿A mí? ¡Oh! ¡No abuséis de mi credulidad!

DUQ. Sí: vengo á implorar vuestra compasión. Sabed que esta mañana el duque de Besford ha tenido la desgracia de matar en duelo á sir Lexter, el sobrino de Buckingham. Bien sabéis cuán terribles son las leyes sobre los desafíos desde que se hicieron tan comunes en el reinado de Isabel; y sabéis que Buckingham es inexorable; vos lo podéis todo en el ánimo del rey; pedidle que se ahogue este asunto; pedidle prórrogas á lo menos para que Besford pueda huir y librarse de sus perseguidores; en fin, Sidney, ¡salvadle!

SID. Es la reina, señora, quien toma un interés tan grande por el duque de Besford, ó sois?... Perdonadme; pero esa turbación, ese dolor... mis temores son injustos sin duda alguna.

DUQ. Milord Sidney, vos poseéis mi amistad; pero mi corazón debe cerrarse para cualquier otro sentimiento: mi deber me lo prescribe.

SID. ¿Vuestro deber? Sois viuda, y yo os creía dueña de vuestra mano. ¡Ah! No sois ingenua. Más hubiera valido confesarme que tenía un rival, y un rival preferido, que no fingir participar de unos sentimientos que no experimentáis.

DUQ. ¡Ah, conde, con cuánta dureza me echáis en cara el interés que os he manifestado! Ved aquí nuestra suerte, infelices mujeres; os apoderáis de una palabra, sorprendéis una mirada, dais tormento á nuestras ideas, interpretáis nuestros sentimientos, y después os creéis con derecho para reconvenirnos. Cuando estáis seguros de haber leído en nuestro corazón, cuando la menor conmoción nos vende, ¡oh! entonces os lisonjeáis de haber conquistado una declaración, en la cual suele no haber tenido parte alguna nuestra voluntad, sin dárseos mucho de que pueda ofender nuestra buena fama, sin averiguar siquiera si nos hemos hecho semejante confesión á nosotros mismos.

SID. ¿Consideráis como ultraje el ofrecimiento de mi mano?

- DUQ. ¡Ah! Conde, ¿sabéis vos por ventura si la mía es libre?
- SID. ¿Qué decís?
- DUQ. ¿Sabéis si acaso soy yo culpable dando oídos á vuestras galanterías? ¿Sabéis si tiene por ventura el duque de Besford un derecho á todos mis pensamientos?
- SID. ¿Derecho?... ¡Ah! sí... los juramentos que le habéis prestado...
- DUQ. Son sagrados, conde; es mi esposo. Dos años hace ya que estamos casados en secreto.
- SID. (*Abrumado.*) ¡Casada!
- DUQ. Después de la muerte de milord Salisbury, yo me negué al principio á contraer nuevos esponsales, pero mi familia lo exigió y fué preciso ceder. El duque de Besford ha ocultado hasta el día esta boda por temor del canciller, que quería á todo trance casarme con su sobrino, ese mismo sir Lexter que ha perecido esta mañana en ese funesto duelo á manos de mi esposo.
- SID. ¡Casada!
- DUQ. Ahora bien, conde, ¿os admiráis todavía de mi dolor? ¿Os negaréis á servirme?
- SID. No, miladi, no. Una sola palabra ha destruído todas mis esperanzas; sin embargo, no temáis, yo sabré sofocar mi dolor dentro del pecho. Pero, ¿de qué manera puedo seros útil en este momento? Milord Ricardo, duque de Besford, acaba de ser arrestado.
- DUQ. ¡Arrestado! ¡ah! El canciller me lo ha ocultado. Al rehusarme la gracia que le pedí, ya sabría que no se le podía escapar su víctima. ¡No hay esperanza ya! ¡Dios mío!
- SID. ¿No estoy yo aquí, miladi? ¿No habéis contado conmigo? (*Se oye una trompeta venatoria.*) El rey entra en palacio; voy á arrojarme á sus pies. Dios me dará fuerzas para ablandar su corazón. Pedirle la impunidad para el duque de Besford es lo mismo que pedirle la separación de Buckingham. Muchos lo han intentado que se creían como yo en vísperas de triunfar; todos lo han pagado con su cabeza. ¡Oh! no: esto no me espanta; os he sacrificado mi tranquilidad y mi bienestar; también os sabré sacrificar mi vida. ¿Qué me importa? Adiós, miladi. (*Hace ademán de entrar en la cámara.*)
- DUQ. Conde de Warwick, no os separéis de mí

de esa manera; no me dejéis con la horrible idea de que yo puedo ser causa de vuestra perdición. Vuestras expresiones, vuestras miradas me agobian. ¿Qué queréis que os diga? Mi esposo es á quien pueden conducir á un cadalso; mi esposo: al pediros su perdón no hago sino cumplir con el más sagrado de todos los deberes.

- SID. Sí, miladi. ¿Quién osaría reconveniros? Además, ¿no es él quien ha tenido la dicha de agradaos?
- DUQ. Sí, conde, sí.
- SID. ¿No es él que habéis preferido á los demás?
- DUQ. (*Casi involuntariamente.*) Vos no estabais entonces en la corte.
- SID. ¡Ah, miladi, cuánta falta me hacía oír esa expresión!
- DUQ. (*Con viveza.*) No he dicho nada que os autorice á pensar...
- SID. ¡Oh, tranquilizaos! Vuestras palabras quedan grabadas aquí, aquí, en mi corazón: nunca saldrán de aquí. Esperad en esta pieza. Adiós, miladi. (*Entra en la cámara del rey.*)

ESCENA IV

LA DUQUESA

No he sabido guardar mi secreto, ¡desgraciada! ¿Me atreveré de aquí en adelante á ponerme en su presencia? ¡Ah! Su corazón es generoso, es noble, y no abusará de una confesión arrancada á mi flaqueza, y que jamás confirmaré con la menor lisonjera esperanza. Recibiré sus obsequios con más reserva y frialdad que nunca; huiré, si fuese preciso, de su presencia. ¡Infeliz! Morirá, morirá de pena. Me ama con toda su alma, y yo... ¡ah! ¡un amor como el suyo hubiera hecho la felicidad de toda mi vida! (*Escuchando junto á la cámara del rey.*) Nada oigo. ¿Triunfará? ¡Si su plan se malograra! Si se perdiera por mí... No sería la primera vez que Jacobo hubiese entregado á su canciller la cabeza de un favorito. ¡Ah! yo hubiera debido no exponer á nadie; hubiera debido arrojarme yo misma á los pies del rey. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Me ha parecido oír... no. ¡Y esa función, ese baile que debe tardar tan poco en empezar!

ESCENA V

LA DUQUESA; DRYDEN, Salford, que entran por el fondo

- DRY. (*A Salford.*) Muy temprano llegamos, Salford. ¡Ah! perdonad, hermosa lady, no os había visto. Estábamos muy lejos de creernos tan felices; pero supuesto que os hemos encontrado los primeros, podemos jactarnos con razón de ser los más felices de todos los gentlemens que han de asistir al baile de la reina.
- SALF. Y eso que asistirá toda la nobleza de Inglaterra. Un baile en palacio es un acontecimiento, es casi un prodigio.
- DUQ. En efecto.
- DRY. Dicen que el rey asistirá en persona.
- DUQ. No sé... sí... lo ha prometido.
- SALF. Eso da cierto aire de alegría á esta pobre corte, tan triste desde que está al frente de los negocios el canciller.
- DRY. Era preciso que enfermase todo un canciller para que nos divirtiésemos.
- DUQ. (Nada oigo todavía, nada.)
- SALF. Por San Jorge, creí que viniera el canciller á aguar nuestros placeres, porque acabo de ver entrar en la cámara del rey á un oficial de sus guardias. Debe traer algún mensaje de importancia.
- DUQ. ¡Cielos! ¡Todo se acabó!
- SALF. Felizmente nuestra presencia y esos preparativos nos tranquilizan. (*Se oye una campanilla tocada con violencia en la cámara del rey.*)
- DUQ. Ha llamado.
- DRY. ¿Parecís estar indispuesta, miladi?
- SALF. En efecto; no habíamos notado hasta ahora esa agitación.
- DUQ. No es nada; no es más que una ligera indisposición: el cansancio acaso producido por los preparativos de esta función. ¡Esta idea ha sido tan repentina! La reina no ha pensado más que en el placer del baile.
- DRY. Y ha descansado en vos acerca de la ejecución.
- DUQ. Cierto, cierto, eso ha sido; pero nada se olvidará, lo espero; desempeñaré mis funciones del mejor modo posible.

ESCENA VI

Dichos; UN UJIER, saliendo de la cámara del rey

- UJIER. (*Con una carta en la mano.*) A miladi, condesa viuda de Salisbury, del rey. (*Entrega el pliego y sale.*)

- DUQ. (*Abriendo precipitadamente el pliego.*) ¡El perdón! ¡Ah, Sidney! todo os lo debo á vos.)
- DRY. (*Bajo á Salford.*) ¿Qué quiere decir eso? (*Alto.*) ¿Cómo, miladi, os ausentáis en ese estado? Permitidme que llame á alguno.
- DUQ. No, no: es inútil; me siento del todo buena ahora; del todo, os lo aseguro. Dentro de poco nos veremos en el baile; espero pareceros allí más amable. Caballero Dryden, cuento con vos para el primer minué. Adiós, señores, adiós, hasta luego.

ESCENA VII

Dichos, menos LA DUQUESA

- DRY. ¿Qué os parece esta repentina mudanza?
- SALF. A fe mía, lo mismo que os parece á vos. Alguna intriga se trama contra el canciller, y este baile tan inesperado tiene todas las trazas de una celebración de su caída.
- DRY. Si llega á caer, no me costará trabajo adivinar quién cogerá las riendas del poder.
- SALF. Mal trance sería ese para vos, á quien su excelencia acaba de nombrar capitán de sus guardias.

ESCENA VIII

CHESTER, DRYDEN, Salford, señores ingleses

- CHES. Buenos días, Dryden. ¿Qué se dice de nuevo en el palacio del canciller?
- DRY. Nada de particular. Vos que sois un esgrimidor, Chester, podíais instruirme en los pormenores del duelo de esta mañana entre el duque de Besford y sir Lexter. Según parece, la cosa se hizo en regla, y Lexter se ha hecho con una soberbia estocada. ¿Ha muerto?
- CHES. Poco menos; y su médico se ha encargado de concluir con él.
- DRY. ¿Y Burleig, su padrino, no le ha vengado? Es un excelente tirador.
- CHES. Burleig se las había con otro más fuerte que él, con el joven jurisconsulto Roberto Overbury, que de un botonazo le ha dejado muerto en el sitio. El partido de Besford ha llevado lo mejor. Ha sido un triunfo completo.
- SALF. ¡El joven jurisconsulto Roberto Overbury! ¿Sabéis que es el diablo ese jurisconsulto? Apenas tiene bozo, y he aquí ya el tercer desafío que ha tenido en este mes.

CHES. ¿Qué queréis? Es un segundón de una buena casa. Le han obligado mal su grado á vestir la toga á sus años, y él se bate hasta que se la desgarran. Ha aprendido leyes para poder infringirlas todas. Pero justamente aquí viene en persona.

SALF. ¡Por San Jorge! ha perdido el juicio. ¿A quién diablos le ocurre venir á Windsor por la noche después de haber ayudado á matar al sobrino del canciller por la mañana?

ESCENA IX

CHESTER; OVERBURY, con la toga; DRYDEN; SALFORD y algunos señores

OVERB. (*Entra cantando con alegría.*) Buenos días, Chester. ¡Qué buen mozo estáis hoy! ¿Y tu querida? ¿Tiene valor esa ingrata de no rendir todavía el corazón á esos bigotes tan diestramente rizados? ¡Diablo! si yo fuera mujer, no me resistiría dos minutos.

DRY. (*En voz baja.*) Mira lo que haces, legista. Me parece que pudiera no sentarte bien el aire de Windsor hoy. Aguarda siquiera hasta que Lexter esté restablecido, ó un palmo bajo tierra: de otra manera el canciller...

OVERB. Dejadme en paz con vuestro eterno canciller; el canciller si uno habla, el canciller si se bate; ¡diantre de canciller! A lo menos en su ausencia y entre amigos dejadme que me vengue un poco de su tiranía y su...

ESCENA X

CHESTER, OVERBURY; BURKER, que entra por el foro; DRYDEN, SALFORD; otros señores; y después SIDNEY, que sale de la cámara del rey.

BUR. ¡Gran noticia, señores! noticia positiva que será confirmada mañana. Buckingham ha caído.

TODOS. ¿Qué dices?

OVERB. (*Riendo.*) No nos engañes; eso sería delicioso.

DRY. He aquí á Sidney que sale de la cámara de Su Majestad. El puede decirnos... ¿Qué crédito debemos dar á las voces que corren, conde? ¿Es cierto que ha sido depuesto el primer ministro?

SID. Así dicen; yo, sin embargo, no tengo más datos positivos que los demás. (*Se sienta en un sillón cercano á la cámara del rey.*)

CHES. (*Bajo á los otros.*) Hace el discreto: la caída es indudable.

OVERB. (*Con el mayor atolondramiento.*) ¡Gracias á Dios! Ya nos vemos libres de ese maldito canciller. Por todos estilos nos estaba haciendo mal tercio. Figuraos que hace ya algunos días que estaba en relaciones con la mujer más linda de Londres.

CHES. ¿Hablas sin duda de la joven Ana Arundel? Te engañas, Overbury; porque no ha querido admitir las veinte mil libras que el canciller le ha ofrecido por medio de...

OVERB. No es esa, no.

BUR. ¡Ah! ya, la sobrina misma del canciller.

OVERB. Nada.

DRY. (*A media voz.*) Este maldito no respeta á nadie; apostaría yo á que habla de la misma...

OVERB. Menos; no das en ello.

CHES. Al fin daremos.

BUR. ¡Ah! una del teatro.

SALF. ¿Pues quién es? (*Sidney se acerca con curiosidad.*)

DRY. Dejadle, por Dios; vais á ponerle en el caso de que diga algún disparate; ya le falta poco para...

OVERB. ¿Quieres callarte, Dryden? Vas á hacernos sospechar que se trata de tu mujer.

DRY. ¡Overbury! (*Chester le sosiega riéndose.*)

OVERB. (*Todos le rodean.*) ¡Vaya! ¿me prometéis guardarme secreto? porque no quisiera comprometerla.

CHES. Sí. ¿Quién lo duda?

OVERB. ¡Pues bien! ¿Conocéis todos á la condesa viuda de Salisbury?

SID. (*Atraviesa rápidamente la escena y se dirige á Overbury.*) ¿La condesa viuda de Salisbury? ¿Estáis seguro, señor letrado? (*Todos se apartan.*)

OVERB. Muy seriamente lo tomáis, señor conde. Sin embargo, os puedo decir que hoy mismo la he visto entrar misteriosamente en el palacio del canciller.

SID. ¿Y no tenéis más pruebas que esa para minar de esa manera su reputación? ¿Sabéis por ventura la causa que podía obligarla á ver á Buckingham?

OVERB. No tengo el honor de estar tan al corriente de sus negocios como el señor conde.

SID. Sabed, pues, que iba á pedir una gracia para uno de sus parientes.

OVERB. Sí, y de una manera muy propia para conseguirlas, señor conde. (*Risa general.*)

SID. ¡Eso es ya demasiado! Puesto que aquí

no hay nadie que se atreva á tomar la defensa de una mujer para vengar su reputación indignamente calumniada, yo seré, señor letrado, yo mismo quien os dirá en vuestra cara que mentís.

OVERB. A fe de caballero, señor conde, me daréis una satisfacción de este insulto.

SID. (*Echando mano á la espada.*) Ahora mismo.

OVERB. (*Apoderándose de la de Burker, que está á su lado.*) ¡Enhorabuena!

CHES. (*Pasando al lado de Sidney y apartando á todo el mundo.*) A un lado, señores, á un lado. Que vean lo que hacen. ¡Sitio!

DRY. (*Arrojándose en medio.*) ¿Qué hacéis aquí? ¿Dentro del palacio? ¿Casi en presencia del rey?

VÁRIOS SEÑORES. Deteneos. (*Los separan.*)

SID. Bien, pero mañana en James-Street á las seis.

OVERB. Donde gustéis, con tal que yo vea cruzadas nuestras espadas cinco minutos no más.

SID. Nos batiremos antes de salir el sol, señor letrado, para que no se eche á perder vuestra tez.

CHES. (*Bajo á Overb.*) Esto te enseñará á ser un tanto más circunspecto en tus hablurías. No sabe uno las más veces con quién habla.

BUR. (*Bajo á Overb.*) Esto te corregirá.

OVERB. (*Idem.*) ¿Dos á la vez para enseñarme una virtud palaciega? Convenid conmigo en que esto ya es demasiado.

ESCENA XI

DRYDEN, SIDNEY, BESFORD, CHESTER, OVERBURY, BURKER, SALFORD

(Durante toda esta escena y hasta el fin del acto se llenan los salones de personas de todos sexos en traje de corte ó enmascaradas. Algunas en sus trajes representan diosas del paganismo.)

BESF. (*Entra por el foro.*) Por fin os encuentro, conde.

TODOS. ¡Besford!

OVERB. ¿Cómo diantres te has compuesto para salir de tu cárcel?

BESF. Preguntádselo á mi libertador el conde de Warwick, que ha conseguido mi perdón. ¡Qué agradable sorpresa me habéis causado! En menos de una hora paso de un calabozo lóbrego y triste á una brillante función. No creía salir de él para ir á un baile; podéis contar con mi agradecimiento á todo trance; mi vida es vuestra; sólo

temo no poderos pagar jamás lo que os debo. (*Salford sale por el foro.*)

DRY. Vamos, milores; las salas de Windsor se llenan de gente; tendremos comparsas preciosas: la reina y un gran número de señoras han adoptado trajes de las diosas de la mitología; el baile presentará una perspectiva encantadora.

SID. (*Solo.*) ¿Podía yo permitir que la ultrajasen? No; era un deber mío defenderla. El letrado Overbury pagará bien caras sus calumnias.

BESF. (*Que ha estado hablando con un grupo, dirigiéndose vivamente á Sidney.*) ¡Por San Jorge! ¿Qué acabo de saber, amigo mío?



¿Os batís mañana con Overbury? ¡Ah! me tendré por dichoso si llego á tiempo para serviros de segundo.

SID. Gracias, señor duque, gracias; Chester vendrá conmigo.

BESF. Necesitáis dos y no os ha de sobrar nada. Overbury es el rey de los esgrimidores; su osadía y su fortuna le han hecho célebre.

SID. No importa. El cielo se pondrá de mi parte.

BESF. Perdonad; no podéis sin ofenderme rehusar mis servicios; os debo la vida. ¿No he recurrido yo también á vos? Sé la deuda que he contraído; permitidme que empiece á pagárosla. Overbury, mañana voy con el conde de Warwick.

OVERB. Como gustes, Besford. Ya sabes cómo te he servido esta mañana; sin duda te